

El primer matrimonio del "Che"

► El segundo, con la historia

► Ni música, ni vestidos largos

Ramón E. Colombo

En la amarillenta página 41 del libro de matrimonios (año 1955) de la oficialía del Registro Civil de Tepotzotlán, estado de México, figura, marcada con el número 39, un acta que en realidad dice muy poco de aquellos contrayentes; un joven médico argentino de ascendencia española e irlandesa y una mujer peruana de raigambre mestiza. "A las doce horas del 18 de agosto, ante mí, ciudadano Ángel Peza Puga, comparecen..."

Al final del documento, las firmas del juez civil, los testigos (dos por cada contrayente), la novia y una, la del novio, que llama la atención por ser la única legible: "Ernesto Guevara de la Serna".

La firma cambiaría notablemente en sus rasgos, años después, para convertirse en un símbolo de lucha popular internacionalista, sintetizado en una palabra sencilla: *Che*.

Vale la pena (siempre valdrá la pena) conocer la historia de esa firma y la de aquel hombre que la estampara al pie del escueto documento oficial, tras oír (tal vez indiferente o quizá subrayado su rostro con una discreta e irónica sonrisa) la Epístola de Melchor Ocampo que, a la letra, reduce a la mujer, a la compañera, a una mínima dimensión de servidumbre.

El doctor Baltazar Rodríguez Hernández, uno de los testigos del enlace por parte del novio —y quien hizo posible aquella boda civil— narra, a 23 años de distancia, las peculiaridades

de esa ceremonia de diez minutos, los incidentes de días precedentes y las experiencias vividas junto a aquel médico argentino, que le diera al ejercicio cotidiano de la profesión una dimensión humana distinta y trascendente.

(Empecé a viajar por América y la conocí entera. Y por las condiciones en que viajé, empecé a entrar en estrecho contacto con la miseria, con el hambre, con las enfermedades, con la incapacidad de curar a un hijo por falta de medios, con el embrutecimiento que provocan el hambre y el castigo continuos).

Rodríguez Hernández, quien era jefe inmediato de Ernesto Guevara de la Serna en el Pabellón 21, especializado en alergias, del Hospital General de Salubridad, recuerda que en aquellos primeros días de agosto de 1955, el personal auxiliar bajo su cargo (enfermeras, recepcionistas, oficinistas, afanadores) manifestaba extrañeza por el hecho de que "el doctor *Che*" hombre esencialmente comunicativo y jovial— se mostraba profundamente preocupado y se negaba a confesar a nadie su problema.

Tras mucho insistir, algo logró Rodríguez Hernández:

"Es inútil que le hable de mi problema. No me lo han podido resolver ni Lázaro Cárdenas ni el maestro (Mario) Salazar Mallén. Es difícil que usted pueda ayudarme..."

Y no fue, en realidad, tan difícil ayudar al colega argentino: en un recetario, Rodríguez Hernández remitió "al portador" ante el entonces presidente municipal de Tepotzotlán, Benito Monroí, para que hiciera posible que aquel hombre que carecía de documentos legales y cuyos pasos eran estrechamente vigilados, contrajera matrimonio con la peruana Hilda Gadea.

(Y no deben pensar en cómo ser, porque debe nacer de su interior. Simplemente haga lo que piense, y eso tiene que ser lo que hace la juventud. No tengan nunca miedo, los que son jóvenes, jóvenes de espíritu, sobre todo, de preocuparse de qué es lo que hay que hacer. Simplemente hacer lo que sea necesario, lo que luzca lógico en un momento dado).

Los momentos previos al enlace. Los portales de Tepotzotlán, frente a aquella cumbre del barroco churrigueresco tallada al frente de la iglesia del convento. Doce o quince hombres y mujeres con polvos de todos los caminos de América.

"Le hacían gasas al novio. Reían y hablaban muchos y había un detalle en todos ellos, y era que no sabían vestir. Estaban muy mal vestidos y con el pelo largo, en tiempos en que eso no se usaba", dice Rodríguez Hernández.

Luego, todos, por una escalera desvencijada, al primer piso. Una oficina amplia, destalada. Con unos escritorios antiquísimos, tres máquinas de escribir "del año del caldo" y otros tantos secretarios mustios y solemnes.

El grupo allí, muy callados. Habla el juez. Se cumple, breve, la formalidad. Peza Puga lee la Epístola de Melchor Ocampo. Algunos intercambian miradas discretas, que caen sobre el novio cuando el pensador del siglo XIX reduce a la mujer a ser sierva abnegada al hogar, y al hombre, a ser el patrón protector de su pureza.

Antes de llegar a aquel momento —a las doce horas del 18 de agosto de 1955— Ernesto Guevara de la Serna, nacido el 14 de junio de 1928, en Rosario, Argentina, había ya contraído un compromiso mucho más importante con la Historia.

A ella la conoció, primero, en su país. Se le vio, a los catorce y quince años, caminar o pedalear por los valles Calchaquies y los Andes, por Tucumán y Mendoza, Salta, Jujuy y La Rioja.

Le vieron después (1951) con su amigo Alberto Graciano, recorrer la costa del Pacífico sudamericano, a pie, en motocicleta, en barcas por los ríos. Conoció, buceó en las civilizaciones anteriores a la conquista. Descubrió en las cimas del Machu Pichu un lamento viejo y no resuelto. Conoció a la gente, a los pueblos. A pie, por los caminos.

En Chile —ya inmerso en una aventura que no concluiría más que con su muerte— fue cargador de mercancías, marino, polizonte, fregador de platos y médico. De allí, a Perú y Colombia, de donde lo deportan a Venezuela. De allí, a Miami y luego a Buenos Aires, donde termina —penosamente, con su asma desde los dos años— la carrera de medicina.

Regresa a Venezuela, como punto de tránsito hacia su primera gesta: Guatemala. La batalla, el fusil en la mano para defender la dignidad de aquel pueblo (1954). Ernesto Guevara de la Serna (quien fuera rechazado, "por inepto", del servicio militar obligatorio en su país), era ya un genial combatiente.

(América constituye un conjunto más o menos homogéneo y en la casi totalidad de su territorio los capitales monopolistas estadounidenses mantienen una primacía absoluta. Los gobiernos títeres, o en el mejor de los casos débiles y medrosos, no pueden oponerse a las órdenes del amo).

Los novios y sus acompañantes abandonan Tepotzotlán en un camión de a 50 centavos por cabeza. A celebrar la boda.

"Fue en un departamento de la colonia Cuauhtémoc. En una estancia amplia, más de veinte reunidos. Un banquito y un cajón como todo mobiliario. Periódicos viejos en el suelo. Todos sentados en el suelo, menos yo, invitado de honor. Al centro de la estancia un fogón con una pierna de cerdo al pastor. Algunos decían que 'no tarda en llegar el licenciado'. Luego llegó el 'licenciado'. Se sentó en el cajón y me lo presentaron. Se llamaba Fidel Castro", continúa Rodríguez Hernández.

Así celebraron Ernesto e Hilda aquella boda, sin música ni vestidos largos; sin valsés ni champaña. Sonaba mucho una palabra entre todo el tropel indescifrable del habla caribeña: Cuba, casi siempre acompañada de otra: Revolución.

Aquella noche, el doctor Baltazar Rodríguez Hernández comprendió por qué el *Che* llegaba al servicio del Pabellón 21 —siempre en punto de las 7:45— un poco cansado; a veces con olor a campo, con olor a tierra, sudoroso y alegre.

"Entonces descubrí definitivamente que el doctor Ernesto Guevara de la Serna se preparaba para ejercer otro oficio".

Un día, "el doctor *Che*" no se presentó al servicio, pues ya navegaba, con 81 hombres más, a bordo de un yate —"El Granmá"—, que había partido en la madrugada desde Tuxpan, Veracruz, con un rumbo fijo e irreversible: Cuba, la historia, con quien aquél hombre se había casado.